



**ENERGÍA VITAL**

**VS**

**VACÍO INTERIOR**

Charla del P.Carlos de Haedo  
Institución Dalmanutá

3 de Setiembre de 2009

Bueno, buenas noches, es una alegría estar recibiendo en esta noche, luego de una serie de encuentros que hemos tenido a lo largo del año; algunos de ustedes han podido estar en unos, otros en otros y otros en todos.

Hemos querido ofrecer este momento, que es más un momento de reflexión sobre el tiempo que vivimos, del mundo en que vivimos y, evidentemente, también el hombre creyente vive en esta época. Entonces, la intención es ir tratando distintos temas que todos vivimos y darles una forma y una sugerencia. Son temas que por sí son muy amplios, complejos. Y uno lo que intenta dar es simplemente una perspectiva que ayude a pensar respecto a esto que proponemos, que de una manera u otra, a todos nos llega. Lo que hemos venido hablando en estos encuentros son realidades que todos vivimos; de manera que a nadie le son extraños.

En el día de hoy hemos puesto un título a este encuentro sugestivo; no sé, cada uno interpretará a partir del título, de qué se tratará esto. Es posible darle distintas interpretaciones. Lo hemos llamado "Energía vital versus vacío interior". No sé qué le mueve a cada uno la palabra energía vital, y qué le mueve a cada uno esa idea del vacío interior.

En el enfoque que le vamos a dar, en 1º instancia, es una confrontación entre un aspecto positivo y un aspecto negativo. Como dos realidades que luchan dentro de nosotros, dos realidades que están presentes en el mundo en que vivimos. Y como en todo enfoque de estas realidades creo que es necesario tener equilibrio, equilibrio. Yo decía en el 1º encuentro que tuvimos hace ya unos meses, que a la hora de plantear algunos rasgos del mundo que vivimos quería tener equilibrio. Que no se me fuera la paleta de la pintura más para los

tonos sombríos que para los otros; porque, en realidad, hay de todo en este mundo. Pero, bueno, esa realidad contradictoria, alentadora en un sentido y al mismo tiempo desesperanzadora, por el otro, es el marco en el que transcurre nuestra vida. Creo que es más fácil acentuar los tonos oscuros, pero creo que no sirve; por lo menos, es mi experiencia: yo fumo y cuando uno ve las propagandas antitabaco, hay unas en que te muestran el desastre que hace el humo en los pulmones...Incluso hay lugares –en Uruguay, que vamos a menudo- en que las cajas de cigarrillos aparecen con unas gargantas abiertas, todas podridas. Vos agarrás el atado de cigarrillos y...pero a mí eso no me llama la atención. A mí la propaganda antitabaco que más me gustó fue una que me hablaba del bien que hace cuando uno deja de fumar. Que a la semana, la capacidad respiratoria aumenta un poquitito, que al mes uno encuentra que fenómenos de alergia empiezan a cambiar; ésa fue la que más me estimuló, sigo fumando pero...simplemente digo...Cuando uno va viendo resultados a más corto plazo... De manera que vamos a considerar los dos polos.

Creo que como marco general -es algo que planteamos el 1º día que empezamos esta serie de reflexiones sobre la vida en el mundo de hoy-, lo que yo llamo como una situación cultural de base de nuestra época, nos sirve para orientarnos en este tema que puede tener muchas ramificaciones y muchos enfoques.

Y en aquel momento mencionaba como dos rasgos que caracterizan la vida humana y la vida humana en esta época. Un rasgo es propio del ser humano de todos los tiempos y es que el ser humano –a diferencia del animal- no tiene instintos tan certeros que lo orientan en la vida. Un animal no tiene que pensar nada, sus instintos le dicen lo que va a hacer y le da la energía para hacer las cosas. No tiene conflictos, digamos. Porque el instinto le dice en cada momento algo

que rechaza, algo que le atrae. En el ser humano –y eso es propio del ser humano de todos los tiempos- es como que el equipo instintivo no es tan certero y tan preciso. Es propio del ser humano que teniendo instintos –o cómo lo queramos llamar- al mismo tiempo no es que lo orientan en una determinada dirección. Es el ámbito de la libertad del ser humano, en que no tiene el instinto que le marca qué hacer. Muchas veces, es opción, es reflexión, es conflicto, es elección. Esto como un factor que hace que la vida del ser humano sea más conflictiva que la vida de un animal.

Hay también en nuestra época respecto a este mundo instintivo algo que, a primera vista esta afirmación les puede...bah! Puede ser contradicha, no? Pero hay algo que el hombre ha perdido también de contacto con su vida instintiva. Alguien podrá decir “yo observo lo contrario”, y también es cierto; ¿en qué sentido lo digo? Hoy en día parecería que hay muchos instintos desatados: cómo se vive la sexualidad, cómo se vive la agresión; por hablar de dos tendencias básicas del ser humano. Parecería que hay como un desborde de lo instintivo: no hay razón, no hay límites. Uno ve todas las manifestaciones en este sentido que vivimos en nuestra sociedad: la violencia, la agresión y, también un desborde de lo sexual por todos lados; entonces, uno a primera vista podría decir “no, pero, no es que hemos perdido contacto con lo instintivo”. Yo creo que sí hemos perdido contacto con lo instintivo humano, lo instintivo más cultivado.

Voy a poner unos ejemplos. Hoy en día las madres tienen enciclopedias sobre cómo cuidar a su hijo, no? Tomo A, tomo B, es decir, toda una cultura, digamos, de la información, información, información sobre cómo atender al niño. Sigo con ejemplos, hoy en día se habla mucho de escuela para padres, hoy en día hay muchos trastornos con la alimentación. Uno diría: son cosas básicas. Quizás

una madre de unos siglos atrás, o un padre no necesitaba tanto curso; parecería que las madres tenían un instinto maternal que las orientaba sobre cómo criar a su hijo. Hoy en día parece como que hubiera más desorientación y una madre no sabe qué hacer con su hijo si no escucha, lee, se informa, porque si no queda medio que no sabe qué hacer. El nene llora y va a consultar ahí, qué es lo que...; son ejemplos.

Escuela para padres, es como que hay una necesidad de aprendizaje en la paternidad, en la maternidad. Cosas que, desde luego, aportan, enriquecen pero, también denotan como un cierto alejamiento de cierta energía interior, de cierto instinto que, muchas veces, es más certero que cualquier curso que me den sobre cómo ser madre. Y creo que las madres de antes no sé si eran peores que las de ahora, y se guiaban por su instinto, no tenían una enciclopedia, no?

Entonces, un 1º factor -que ya les digo, lo digo con estos reparos- como que el hombre se encuentra más desconectado con esos factores instintivos que lo orientan. Sí tenemos síntomas de desborde instintivo, eso sí; pero ya nos habla de que hay algo que está desencajado porque somos seres humanos, entonces, uno pretende que el instinto humano tenga una calidad diferente a lo que es el mero desborde del animal que no tiene freno.

Un segundo factor, pero que va en la misma línea y que todos comprobamos, tiene que ver con la pérdida de peso de todo lo que son las tradiciones, las filosofías, las normas de vida, las ideologías, todo lo que ofrecía al ser humano como un marco para vivir, le daba referencias. Hoy en día todo ese mundo es como que ha perdido peso, cada uno piensa lo que se le canta, todo es discutible, puede ser pero no puede ser. Antes, quizás, había como determinados valores más

universalmente aceptados que daban un marco de referencia a la persona y lo ayudaban en las decisiones que le iba planteando la vida.

Entonces, si juntamos estos dos factores es como que el hombre hoy en día, el ser humano está como más perdido. Es como una persona que le dicen jugá a la pelota y no sabe cuáles son las reglas de juego, se encuentra medio desconcertado. O como cuando uno entra en un ambiente donde no conoce muy bien los códigos y anda medio perdido; una vez que va conociendo cómo son las cosas, uno se orienta mejor.

Por lo tanto, que haya hoy en día, y esto es real, más desconcierto generalizado o más desorientación es algo que constatamos. Por eso, están estos dos factores: interiormente, yo les diría casi desde el punto de vista instintivo el hombre está más desconectado de eso que, de repente, con más certeza le podía dar pautas o directividad a su conducta. Y, exteriormente, es como que todo ha sido medio censurado, ha perdido consistencia; es más confrontado, relativizado, todo es discutible.

Esos dos factores unidos hacen que la situación de hoy del ser humano, ya les digo del friso colectivo, de la ética o de las religiones, de las ideologías, o de las tradiciones ha dejado al hombre medio en banda, medio perdido.

Este es un marco general que quería plantear porque me parece que es bastante ilustrativo sobre la situación del mundo creyente, probablemente es una época de replanteos -como lo es-, de muchas búsquedas, pero entre tanto estamos viviendo esta situación de bastante desconcierto general.

Voy a empezar hablando de lo del vacío interior. Cuando hablo acá del vacío lo quiero entender en un sentido que, quizás, es una palabra o un concepto que ha tenido cierta difusión. Tiene que ver con lo que se llama el vacío existencial, un término medio filosófico pero que creo que todos entendemos.

Un escritor, literato francés –Albert Camus- decía: “Tan solo existe un problema auténticamente serio y es el de juzgar si la vida vale o no vale la pena de ser vivida”. Esta pregunta subyace debajo de muchos planteos, de datos de la realidad, problemas; y no es, simplemente, mala onda, un planteo medio enfermizo. Quizás es ajena o no lo siente así quien ve y experimenta tantos motivos valiosos y bellos para vivir. Pero cuando se viven situaciones extremadamente dolorosas es una pregunta que de una manera u otra, surge.

Respecto a este tema voy a apelar a algunas palabras de autores o pensadores de este siglo para dar autoridad a mi palabra, porque si lo digo yo capaz que no me dan bolilla pero si cito algún libro, no sé qué, no sé cuánto, se toma con más peso. Autores que hablan de esta realidad como propia de la época.

Un autor, quizás por algunos de ustedes conocido, es un psicólogo existencial, Víctor Frankl. Él introdujo y fue uno de los que habló del vacío existencial como característica de la época. Hablaba de cuál es la sintomatología que a nivel social uno puede ver de este vacío existencial. Él decía que hay tres rasgos: la depresión, la agresión y la adicción; como fenómenos que se ven de una manera muy marcada en el mundo actual y que nos hablan de que el hombre está viviendo una situación de vacío existencial.

Otro autor que es un psicoanalista con un enfoque también existencial, dice lo siguiente —se llama Rollo May, y lo dice en un libro que se llama “El hombre en busca de sentido”: “¿Cuáles son los problemas capitales e interiores del hombre de nuestra época? Cuando buscamos bajo los motivos aparentes de las alteraciones de las personas ¿cuáles son los conflictos subyacentes con los que nos encontramos? Sin duda, los síntomas de perturbación que todos describen, en nuestra época y en todas las épocas, son la infelicidad, la incapacidad para decidir acerca del matrimonio o de la vocación, una total desesperanza, la falta de sentido de sus vidas y otros por el estilo. Pero ¿qué hay debajo de estos síntomas?” Entonces, va diciendo cómo a lo largo del siglo XX se esbozaron distintas teorías. Y describe el siglo XX, no? El siglo pasado. “Puede resultar sorprendente que yo diga en base a mi propia experiencia clínica y a la de mis colegas en el campo de la psicología y de la psiquiatría, que el problema capital de las personas a esta altura del siglo XX, es la vaciedad. Con esto quiero significar no sólo que muchas personas no saben lo que desean, sino que a menudo no tienen ideas claras acerca de lo que sienten. Cuando hablan de falta de autonomía, o se lamentan de su incapacidad para tomar decisiones que son, por lo demás, dificultades comunes a las décadas anteriores, enseguida se pone de relieve que el problema subyacente es la falta de una experiencia definida de sus propios deseos y necesidades. Por eso encuentran inseguros todos los caminos y experimentan penosos sentimientos de impotencia, debido a que se sienten vacías, huecas. El mal que las lleva a solicitar ayuda puede ser, por ejemplo, que sus relaciones amorosas terminan rompiéndose siempre o que no pueden salir adelante con los planes matrimoniales, o están insatisfechas con su cónyuge. Pero a las pocas palabras dejan al descubierto que esperan de su pareja, actual o futura, que llene algún vacío, alguna carencia interna que ellas sienten; y su ansiedad y su cólera se deben a que ella o él no han cumplido con ese requisito”.



Es otra vertiente, esto ha sido más por el lado de la psicología o del psicoanálisis. Pero, muchas veces, en ese ámbito, a los consultorios llegan problemas que, quizás, no tienen tanta trascendencia pública pero uno tiene ahí un dato bastante fiel de qué es lo que está pasando en el interior de las personas.

Otro autor –y éste es un filósofo, un ensayista- que analizó mucho la era posmoderna, como se la llama, escribió un libro que se llama “La era del Vacío”, con esto les digo todo; el autor se llama Lipovetsky –creo que es francés-. Él habla de un fenómeno, le llama la atención como rasgo de la época cuánta indiferencia y apatía hay. “La indiferencia crece –dice-. En ninguna parte el fenómeno es tan visible como en la enseñanza –acá tenemos personas que están en el temadonde en algunos años, con la velocidad del rayo, el prestigio y la autoridad del cuerpo docente prácticamente han desaparecido. El discurso del Maestro ha sido desacralizado, banalizado, situado en el mismo plano que el de los -medios de masa- mass media, y la enseñanza se ha convertido en una máquina neutralizada por la apatía escolar, mezcla de atención dispersada y de escepticismo lleno de desenvoltura ante el saber...

“De ello proviene la indiferencia posmoderna, indiferencia por exceso, no por defecto –y de esto voy a hablar un poquito después-. ¿Qué es lo que todavía puede sorprender o escandalizar? La apatía responde a la cantidad de información, a su velocidad de rotación; tan pronto ha sido registrado, el acontecimiento se olvida, expulsado por otros aún más espectaculares”.

Uno dice la apatía, uno puede decir es como la ignorancia; hay ignorancia porque uno no tiene conocimientos, y hay ignorancia porque le llueve tanta información que uno no sabe a qué atenerse -

que es lo que caracteriza más a nuestra época-. Pensemos en cualquier situación de nuestra sociedad, en nuestra situación política; hay tantas versiones sobre los hechos que al final es como que uno no supiera nada, porque no sabe a quién creerle. Entonces, hay fenómenos que ocurren por falta y otros fenómenos que ocurren por exceso. Hoy en día mucho de lo que estamos viviendo tiene que ver con el exceso de todo eso.

Y se refiere este mismo autor: “La indiferencia no se identifica con la ausencia de motivación –falta de motivación-, se identifica con la escasez de motivación, con la ‘anemia emocional’” –todos conocemos lo que es la anemia: falta de glóbulos rojos-. En el plano de la emoción hay anemia, poca emoción. “...con la desestabilización de los comportamientos y juicios convertidos en ‘flotantes’ -que van de un lado para el otro-, como las fluctuaciones de la opinión pública. El hombre indiferente no se aferra a nada, no tiene certezas absolutas, nada le sorprende, y sus opiniones son susceptibles de modificaciones rápidas...”. Es decir, indiferencia también por exceso; en una época uno se enteraba de un accidente y se conmovía, hoy en día uno prende la televisión y ve veinticinco accidentes, y uno no puede estar con la sensibilización para todo, es imposible porque termina yo qué sé...

Y un último testimonio, éste es de un sacerdote pero que señala en la misma dirección, lo que él observa como la caída del deseo y de la capacidad de desear. Y dice: “En la sociedad de hoy, a partir de los jóvenes se desea poco, en término, sobre todo, de cualidad y todos deseamos las mismas cosas. Este fenómeno –quien les está hablando es un sacerdote que se llama Cencini- está ligado probablemente –porque da una interpretación que es interesante, y yo la he comprobado empíricamente también- a una tendencia a la gratificación habitual comenzado en los primeros años de vida, de no haber

aprendido la capacidad de renunciar. Ha llegado lentamente a un hábito de gratificación que, a su vez, ha creado la dependencia de la gratificación no es ni (...) capacidad de gozar del objeto gratificante, más uno hace aquello que le place, y menos le place aquello que hace. Con la necesidad de aumentar la dosis de gratificación misma. La muerte progresiva lleva a la muerte progresiva del instinto vital, de la capacidad de renuncia y de elección, del coraje de desear cosas bellas y grandes, de imponerse metas costosas, de resistir a las dificultades, de ser constantes y fiel a los compromisos tomados, etc.”.

Caída del deseo y de la capacidad de desear. Voy a poner un ejemplo, quizás con un ejemplo se entienda más lo que se quiere decir. Hace un tiempo vino a verme un padre joven que tenía una chiquita, a la cual, me decía, la abarrotó de regalos toda su vida, regalos, regalos, regalos, regalos... Cada vez que –y lo decía hablando de su error- la chica lo veía ya estaba esperando el regalo; pero cada vez los regalos le interesaban menos, es decir, los juguetes, porque juguetes, juguetes, juguetes...hasta que al final, cuando le daba uno le duraba un día el interés por el juguete, y pasaba a engrosar la pila de juguetes. Entonces, uno dice el exceso, cuando uno busca gratificar, gratificar, gratificar hasta que llega un momento en que eso va en contra de la misma capacidad de disfrutar. Cuando de repente, quien tiene menos, lo poco que tiene, lo disfruta, le saca el jugo y, entonces, con menos cosas, de repente un niño le busca la vuelta y se imagina, y agarra dos palitos y se imagina qué es y desarrolla toda su fantasía. Es un ejemplo muy gráfico de cómo el exceso de gratificación, en vez de ir a favor, es como que cada vez se necesita más para gratificar y, cada vez, las cosas gratifican menos.

“...Y genera dificultades en la capacidad de desear y disfrutar”. Esto también es claro por el lado sexual. Cada vez más hay más

gratificación por el lado sexual y cada vez hay más dificultades con la problemática sexual. Uno diría, bueno, demos rienda suelta al sexo y se acomoda la cosa. Antes había dificultades sexuales porque había mucha represión, y entonces eso... sin duda habría represión. Pero, parecería que la solución tampoco es dar rienda suelta. Porque, por lo menos la experiencia que yo tengo, y realmente con el correr de los años uno está en contacto con muchas realidades, que cada vez más se da más rienda suelta con el sexo y cada vez hay más problemáticas sexuales, y consultas a terapeuta sexual, y a esto y lo otro. Entonces, ahí uno dice, parece que el exceso tampoco sirve.

En esta línea, y grafica también lo que les estoy diciendo, las enfermedades más difundidas hoy en día (cuando uno ve en la época cuáles son las enfermedades que más predominan, uno logra un cierto diagnóstico de la época), de las que más difundidas están, por un lado, la depresión, y por otro lado, el stress. Son dos cosas así que... La depresión es la falta de interés, nada a uno le llama la atención. La persona deprimida puede estar delante de sus hijos, y no le despierta nada, cualquier actividad no le dice nada; perdió el interés absolutamente. En el stress parecería que se da, casi, por el extremo opuesto, es decir, excesos de estímulos que la persona no puede metabolizar, no puede digerir, y llega un momento en que vive con tanta tensión, con tanta tensión que poco a poco llega a una fatiga, fatiga crónica que al final termina en un estado ahí, también, medio que nada le llega. En la depresión se ve el fenómeno más por el lado de la ausencia de interés. El stress se va produciendo al principio porque hay tantos estímulos que la persona no puede absorber, no puede manejar, llega un momento en que estalla la capacidad de absorber y digerir. Entonces, llega un momento en que los sistemas de defensa no funcionan y, poco a poco, va bajando la capacidad de reacción y la persona está medio zombi. Como en mayor o menor

medida vivimos en un sistema medio stressante, cada uno ha tenido un poco de esto; Dios quiera que en síntomas menores, pero así entendemos de qué se trata. Cuando uno ya no quiere más y...

En medio de todo esto vivimos en esta sociedad actual que es pura depresión, pura apatía, pura indiferencia. En medio de todo esto vivimos en una sociedad de show, de gran espectáculo, de lo mediático, parafernalia, animadores. Es decir, llena de luces, de efectos especiales. Pero son dos extremos, son como las dos caras de la moneda del mundo en que vivimos. Por un lado, muchos síntomas de falta de deseo, falta de interés, depresión, falta de ánimo, tristeza, gente stressada, medio fundida y, por otro lado, ¡que siga el show!, efectos especiales, y esto y lo otro, y vos prendés la televisión y son todas cosas...

Si uno tuviera que diagnosticarla es como la personalidad bipolar, antes se llamaba maníaco-depresiva. Una persona pasaba de un estado de depresión a un estado de manía, de euforia. Vivimos en una sociedad un poco bipolar, en que uno dice está esto, no, no, ¿qué va a estar esto?, está esto otro, eso es lo contradictorio; vivimos en una sociedad donde aparecen los dos polos. Una sociedad que uno podría decir bipolar.

Energía vital, ¡vamos a levantar la onda, porque si no! Es la otra cara de la moneda.

Es interesante que a la hora de pensar el título le busqué la vuelta de cómo expresarlo; al final me salió energía vital porque es un término bastante neutro. Es de alguna manera lo que dinamiza al ser humano, lo que mueve al ser humano. Si uno ve en el vocabulario castellano la cantidad de expresiones sinónimas, con sus matices, que

hablan de esto. Entonces, uno habla de instinto, habla de motivación, habla de pulsión, habla de creatividad, habla de apetito, habla de deseo; hay una cantidad enorme. Evidentemente, cada uno expresa un matiz. Ahora, cuando uno ve que hay una realidad que tiene tantas variantes en un mismo idioma es porque se está aludiendo a algo que es esencial, que tiene infinitos matices. Cada escuela, cada pensamiento, cada filosofía, cada psicología insiste más en un término o en otro pero, de alguna manera, queremos hacer referencia a algo de lo cual nosotros tenemos experiencia directa, para lo cual no necesitamos ser ni filósofos ni psicólogos.

Cuando hablamos de energía vital, o lo que queremos entender, es la fuerza que tenemos para levantarnos cada mañana y emprender el día, es la fuerza que necesitamos para encarar un trabajo pesado, es la fuerza que necesitamos para sobreponernos de un fracaso, una pérdida, de una desilusión. Es decir, llamémosle como le llamemos, energía, deseo, instinto, motivación, capacidad creativa, pero creo que todos tenemos experiencia de eso y a eso quería aludir yo, a esa energía interior que nos vitaliza.

¿De qué depende esa vitalidad? ¿de qué depende? Esa es la pregunta del millón. Díganme cómo tener esa fuerza vital, inventen eso; bueno, hay algunos que se ocupan de eso a nivel farmacológico. Pero, pensándolo en términos más naturales, ¿es que algunos de nosotros tenemos un motor más grande, un tanque de nafta más grande?, entonces, tenemos más capacidad de reacción. Evidentemente, hay personas que son más enérgicas, más vitales por temperamento o por ...

Ahora, cuando uno va al fondo, uno dice despierta energía vital cuando uno encuentra un sentido a algo, a algo que hace, o a algo que

quiere, o algo que busca. Y el hecho que una persona encuentre sentido a algo es lo que despierta y moviliza en uno energías. Y cuando no encontramos sentido a lo que hacemos, se nos paralizan las fuerzas, porque entramos en una sensación de inutilidad, de que no sirve para nada.

Hay muchas cosas que pueden despertarnos a nosotros esa fuerza vital. Siguiendo a este pensador que les cité, Víctor Frankl, claro que lo que nos solicita es aquello que nos atrae, a lo cual le podemos dar un sentido, y que para nosotros significa un valor. Uno encuentra un valor cuando está creando, cuando está trabajando algo que es de su interés, cosas en las que nosotros ponemos algo de nosotros mismos. Y, evidentemente, quien tiene la fuerza y la gracia, y la posibilidad de estar trabajando en algo que le interesa, y en lo cual siente que se expresa y en lo cual canaliza, evidentemente, que esa persona tiene energía, porque eso mismo lo solicita, lo llama. Despierta en nosotros fuerza vital, energía, cuando tenés la capacidad de vivenciar amor, belleza de algo, eso nos estimula. Digamos, qué cosa más común que el amor por las personas que queremos sea para nosotros un factor que nos movilice, el movernos por un amigo, el movernos por un hijo, por un hermano, por un cónyuge, por un padre; es decir, hay factores de afecto, de amor. Ir a ver un espectáculo, una obra que nos atrae por la belleza, por lo que moviliza en nosotros, porque nos transporta, porque... Eso, naturalmente, moviliza en nosotros energías.

Hay también otro punto, y esto es algo muy propio de este autor y es digno de ser resaltado, él habla de cuando uno le puede encontrar sentido al dolor, a algo que uno está sufriendo. Sabemos que la vida no es sólo trabajo, no es sólo vivencia de amor, sino que la vida es muchas veces sufrimiento, pero cuando le puede encontrar un

sentido al sufrimiento también eso es factor despertador de energía. Denme un por qué vivir, decía un filósofo, y yo soporto cualquier cómo, tener un motivo para vivir. Denme un por qué vivir y yo soporto cualquier cómo. Y fíjense, un padre que está junto a su hijo enfermo o una madre que se desvive, uno dice qué vitalidad, cómo se mueve esa persona, y es una situación de dolor, de sufrimiento, pero tiene un motivo: está cuidando a su hijo, y eso genera toda una energía interior que hace que la persona se desviva.

Entonces, muchas veces, el problema de la falta de energía es cuando las cosas empiezan a perder su sentido para nosotros, y todo nos da igual o no le encontramos que sea útil, útil para mí, útil para otros. Piensen, y pensando en experiencias típicas de pérdida de energía, no? Al fin y al cabo de una manera o de otra, sobre todo la jubilación. Para muchas personas la jubilación es un momento en el cual tanta energía volcada en el trabajo, y en un momento dado, no tiene esa energía volcada, y es una instancia de desafío porque es muy común que la energía volcada en el trabajo, que ahora no se vuelca en él y uno se encuentra medio... Capaz que acá hay unos cuantos jubilados, y saben lo que es. Es como una época de tránsito, que es un desafío para encontrar una nueva canalización de esa energía.

Lo que se llama para las mujeres “el nido vacío”, cuando los hijos se van de la casa. Mujeres que han volcado todas sus energías en la crianza, en la educación y, bueno, poco a poco, gracias a Dios, los hijos van volando. ¡Y cuántas mujeres en ese momento, que han volcado el 80% de sus energías en la crianza de sus hijos, necesitan reciclar esa energía! Es decir, necesitan encontrar nuevos espacios, sentido, motivación para encontrar algo que las exprese, que las atraiga.



En jóvenes, ¡qué contraste entre la potencialidad que tiene un joven cuando encuentra algo que le atrae y le llama la atención, que le interesa, es una bomba de energía! Lo que le pasa cuando el joven está en banda, no entiende lo que le pasa, no tiene proyectos, todo le parece medio incoherente, que lo que vive alrededor es un desconcierto.

Y en todos estos casos, pensando sobre todo en jubilaciones, lo del nido vacío en las mujeres, no es simplemente algo a hacer; porque la recomendación más fácil es ponerse a hacer cosas. No, es encontrar algo que tenga sentido y congrege esas energías que antes estaban empleadas en otra cosa.

La madre tendrá que buscar una canalización de su maternidad de otra manera, ya no en la crianza de los hijos, no es simplemente que se ponga a hacer. Entonces, se pone a hacer cursos, esto, lo otro, no, evidentemente, todo eso puede ayudar pero de alguna manera necesita encontrar algo que tenga un sentido similar a aquello que encontró en su desvivirse por sus hijos.

Hay un libro de García Márquez, que leí hace mucho tiempo, que era sobre la vida de Bolívar; se llama “El General en su laberinto”. Había una situación que me llamó mucho la atención. Parece que en un momento estaban como en un parate las tropas de Bolívar, estaban medio paralizadas, no había ninguna guerra en puerta. Lo que él constataba es que por falta de una guerra las tropas se desmoralizaban, entonces empezaba a haber riñas, peleas entre ellos, no sé cuánto. Entonces, Bolívar se dijo “estos necesitan una guerra”; cuando viene una guerra, cuando aparece el enemigo se olvidan de todas estas pavadas. Y ahí salen todas las energías que antes estaban despilfarradas en conflictos inútiles.

Una persona que no tiene energía necesita una guerra, en el sentido de tener un proyecto, algo en lo cual volcar todo su potencial. Y muchos conflictos surgen porque las personas no encuentran algo a lo cual..., no tienen una guerra, no tienen un enemigo, una meta por la cual luchar, un proyecto por el cual luchar.

Cuando hablo de energía vital, no hablo de activismo, porque ruido, parafernalia, show, mucho movimiento, ya lo hemos visto, tenemos mucho de eso en nuestra sociedad; y no todo es genuino. Mucho parece como una máscara, esconden mucho; en que el hombre se entrega a eso pero en el fondo uno rasca por adentro y por dentro pasan muchas cosas que esa parafernalia no expresa. Parece más como un desplazamiento, un sustituto no muy genuino de las verdaderas energías.

Ciertamente, encontramos en nuestra sociedad muchas energías valiosas. Si uno ve y ciertamente se alegra de cuánto hay de energía creativa volcada en lo industrial, en lo tecnológico, en la investigación. Mucha creatividad hay volcada en el arte, en el espectáculo, en el cine. Hoy en día, digamos, uno observa y ve con orgullo lo que es Buenos Aires como centro de obras teatrales, de películas que están teniendo tremendo éxito. Es decir, uno ve energía vital canalizada.

Cuando uno ve comunidades religiosas vivas –lo estoy diciendo sin un orden jerárquico-, que viven su fe, la celebran y prestan un servicio. Cuando uno ve tantas organizaciones no gubernamentales que se enfocan en torno a un tema, a un problema, muchas veces iniciado por una persona que se conmovió por un tema y organiza no sé cuánto. Cuando uno ve, también, en torno a problemas puntuales

cuántos grupos de autoayuda, en situaciones puntuales que están viviendo, que comparten con personas que tienen la misma situación, la misma problemática ¡cuánta energía hay canalizada! Uno dice “está vivo”, y el ser humano en torno a eso encuentra un motivo para vivir, un sentido para su vida. ¡Y cuánto hay de eso! Uno sabe muy poquito de lo que hay.

Entonces, al mismo tiempo que uno sabe todo esto que les hablé en la primera parte, que es real y uno lo constata; uno no puede dejar de ver esto, también. Por lo tanto, parecería que la energía se moviliza cuando se encuentra un sentido que a uno lo mueve, y ahí uno saca fuerzas y a uno se le despierta...

Evidentemente, cuando uno hoy en día ve esos diagnósticos que les daba al comienzo, de la indiferencia y la apatía, cuando uno mira la sociedad actual contrasta esta impresión con lo otro. ¿Y dónde uno ve más pasión desatada? La pasión desatada uno la ve mucho por el lado del deporte, y lo ve mucho por el lado de la música. Son dos espacios de nuestra sociedad en lo cual parecería que hay una explosión de energía; evidentemente que a quien les habla le gusta mucho el deporte y la música. Pero uno ve que hay algo exagerado ahí, uno ve mucho de desplazamiento en esas cosas, en cosas que tienen, no sé, mucha euforia exagerada, de frustración canalizada a través de eso. Hay mucho de evasión en eso, ya les digo, les repito que me encanta la música; pero cuando uno ve que se le da tanta importancia, que es casi una religión. El hecho de que se armen fans de determinados cantantes y vivan para eso; el hecho de que hay gente que viva del fútbol para el fútbol, de partido anterior al partido anterior, las barras bravas. Es decir, todo eso uno ve que es un poco exagerado, hay algo que es demasiado; acá hay algo que se nos está colando.

Estaba pensando, preparando esto y me encontré con un texto de un autor de la Edad Media, que escribió un librito que es conocido, se llama “La imitación de Cristo”. Es un libro que tiene cosas preciosísimas en un lenguaje con algunas cosas que nos suenan un poco trasnochadas, pero tiene cosas muy hondas. Y me encontré con esta página, que como estaba con el tema me llamó la atención. “Ofrece el mundo -acá es como que Jesús le habla al creyente- cosas temporales y efímeras, y con todo se le sirve con ardor. Yo prometo lo Sumo y Eterno, y los corazones de los hombres palidecen presa de la inercia”. El ardor en oposición a la inercia, el ardor por lo que no vale tanto en contraste con la inercia por lo que verdaderamente sí vale.

Esta lucha entre el vacío del sinsentido y la energía vital que es la que nos arrastra, y sin la cual no podemos mover ni un pie, que es lo que nos hace...porque encontramos sentido en lo que hacemos, en aquello por lo que luchamos, en aquello que nos hace sufrir. Esta es una lucha de todos, cada uno de nosotros a lo largo de su vida vive esta lucha entre aquello que nos hace sentir vacíos y sin sentido, y aquello que nos da energía porque le encontramos un sentido. Nos acompaña a lo largo de la vida porque esto no es algo obtenido de una vez para siempre. Y si uno cree en un momento dado que ha encontrado un sentido y bendito sea que así sea, la vida muchas veces se encarga de entreverarnos las cartas, los papeles y por los acontecimientos inesperados que se nos presentan que nos obliga nuevamente a encontrar un sentido al sinsentido, o a encontrar algo que una energía cuando se nos genera un vacío del cual nos cuesta salir.

En esta lucha también se encuentra el hombre creyente. Porque el hombre creyente, en primer lugar, es un ser humano que vive la vida de cada uno. Quizás, el creyente tiene la Gracia, el Don de

que aunque muchas veces no ve el sentido cree en un sentido que existe –aunque no lo vea-. Muchas veces, lo ve, otras veces, no lo ve, pero cree en un sentido. Cree que tiene sentido trabajar aunque no se vea el resultado; cree que tiene sentido amar y gozar de las bellezas de la vida porque eso es creación de Dios, y Dios nos lo dio para que gocemos. Cree en el sentido, incluso, de cuando el sufrimiento nos cruza, y esto es de las grandes cosas que ofrece una visión religiosa de la vida y el cristianismo en particular. Sabe o le permite encontrar sentido, incluso, a lo que menos tiene sentido para el ser humano que es el dolor. Cuando una visión de la vida nos permite encontrarle un sentido, incluso a aquello que es lo más contrario al sentido como es el dolor ¡bendita esa visión de la vida! que nos da energía, incluso en aquellos momentos en que tenderíamos a bajar los brazos; a encontrar un motivo de esperanza cuando todo nos indica la desesperanza. Eso es lo que nos ofrece la fe, aún cuando como creyentes compartimos los vaivenes y la lucha de cada ser humano que viene a este mundo. También sabemos que en el hombre, en el ser humano todo es bastante paradójico. En el ser humano nada es muy prolijo y lineal. Muchas veces de las mejores situaciones surgen las peores, y otras veces de lo peor surge lo mejor; como que muchas veces el partido se nos da vuelta en la vida. Entonces, esta visión nos obliga por un lado, a la vigilancia, a no bajar los brazos cuando las cosas nos van bien, que la vida nos sonrío, y encontramos un sentido, y encontramos que las cosas están marchando bien y uno se cree que eso es para siempre. Y también nos permite no desesperar nunca, aún cuando las cosas vayan mal.

En el cristianismo el mayor sinsentido está en el origen de nuestra fe; el mayor sinsentido que a uno se le puede ocurrir es la muerte de un Dios que ha venido a darlo todo por nosotros. El cristianismo nace en el más absurdo sinsentido de la historia: que viene

un Dios, y nada menos que un Dios, a darnos todo de Sí, a darnos todo su amor, y nosotros lo rechazamos y lo matamos; ése es el sinsentido más grande de la historia. Y digo que más grande que cualquier sinsentido porque está involucrado Dios, y es nuestra reacción ante el mayor don. Y ése es el origen de nuestra fe; de manera que a partir de eso parecería que cualquier sinsentido, con todo el dolor que nos provoca, como cualquier hijo de vecino. Pero, al mismo tiempo, si de eso, de ese sinsentido mayúsculo salió algo que es la Salvación y la Redención, Dios supo dar vuelta la torta, supo encontrar la vuelta para que eso que era tan absurdo generara vida, y que de esa muerte absurda saliera vida tenemos el aliciente –aunque muchas veces no lo sentimos ni lo experimentemos-. Nuestra vida transcurre con un sentido que muchas veces no lo vemos, pero en el cual creemos firmemente a partir de ese testimonio inicial de Dios.

Buenas noches, muchas gracias por su presencia.  
¡Hasta la próxima!